Cien años de ciencia natural española*

NO sé en qué novela o novelón de Víctor Hugo, probablemente en *Nuestra Señora de París*, recuerdo haber leído esta sentencia: «Cien años: la vejez de una casa y la niñez de una catedral.» Muy cierto, pero tal vez cupiera completar esa verdad diciendo: «Cien años, la juventud de una sociedad científica»; porque solo cuando una institución, cualquiera que sea su nombre, ha cumplido un siglo, solo entonces puede decirse que no ha sido verdura de las eras, humo de pajas o empresa prematuramente malograda. Tal es el caso de la Real Sociedad Española de Historia Natural.

Una tarde de febrero del año 1871, cuando el recientísimo asesinato de Prim y el más que problemático porvenir de la monarquía de Amadeo de Saboya eran entre los madrileños casi exclusivo tema de conversación, unos cuantos hombres de muy distinta edad y dedicaciones profesionales muy diversas, pero

---

* En los primeros días de noviembre de 1971 se celebró en Madrid el primer centenario de la Sociedad Española de Historia Natural, y a petición de la que entonces era su Junta Directiva fueron pronunciadas las palabras que ahora se imprimen. Tal vez su publicación no sea inútil para suscitar en alguien el propósito de componer el libro que desde su misma entraña pide una exposición tan esquemática y volandera.

vinculados entre sí por su entusiasta amor a las ciencias naturales, se reunieron para constituir una Sociedad capaz de congregar a todos cuantos en España estaban cultivando o quisieran cultivar con seriedad las varias disciplinas integrantes de la genérica a que entonces se daba el nombre de «Historia Natural». Formaban el grupo el botánico Colmeiro, el geólogo y prehistoriador Vilanova y Piera, los zoólogos Pérez Arcas y Jiménez de la Espada, el banquero Uhagón y el médico González Hidalgo, ambos zoólogos por afición, y el futuro maestro de maestros Ignacio Bolívar. Nacido en 1816, prestigioso heredero de la gloriosa tradición botánica de nuestro siglo XVIII, Colmeiro era el decano de la reunión; apenas rebasado el verdor de sus veinte años, Bolívar era su benjamín. Del animoso y desinteresado coloquio entre estos hombres nació esa tarde la Sociedad Española de Historia Natural, Real Sociedad pocos años después, que ya a raíz de su fundación iba a contar con doscientos cuarenta y ocho socios, cifra casi increíble en aquella hirviente y nada científica España de quince millones de habitantes, y tuvo prestado y primer asiento oficial en los locales de la Real Academia de Medicina.

Desde entonces hasta hoy, esos cien años que toda institución necesita para lograr una bien asentada juventud. Cien años de vida no interrumpida, pese a todas las vicisitudes y tormentas de la historia social y política en torno a ella: Amadeo I, Primera República, Restauración, Regencia, Desastre de 1898, reinado constitucional de Alfonso XIII, Dictadura, Segunda República, guerra civil de 1936... A través de tantos y tan graves avatares, ¿verdad que ha ganado con sobrada holgura su mayoría de edad una sociedad científica surgida, como ahora suele decirse, desde la base?

Muy a grandes rasgos, voy a esbozar el filme de esa centenaria historia suya distinguiendo en ella tres bien caracterizadas etapas: una fundacional, que transcurre desde el año de la creación hasta que en 1892 termina la primera serie de los *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*; otra de consolidación y madurez científica, comprendida entre 1892 y 1936; otra, en fin, de crisis y reconstrucción, la consecutiva a la guerra civil de 1936-1939.

Etapa fundacional: 1871-1892.—Un examen atento de los volúmenes que integran la primera serie de sus *Anales* permite descubrir los nombres de quienes, junto a los ya mencionados miembros fundadores de la recién nacida Sociedad, dieron vida a esta entre las dos fechas que delimitan su etapa fundacional, esos años de nuestra historia cuya superficie social tan vivaz y ágilmente supo describir Melchor Fernández Almagro: «Nadie miraba a lo lejos. Inconsciencia y optimismo. Pasada la batahola de la Revolución y la República, sumido el país en una enorme calma chicha, el gran niño que era España se entretenía en discutir a propósito del crimen de la calle de Fuencarral o, poco más tarde, del submarino inventado por Isaac Peral. El cuadro de nuestros grandes hombres, para mayor felicidad, se hallaba cubierto dos veces. De aquí que los españoles se permitiesen el lujo de tener dónde elegir, cifrando su fe en el ídolo público de alguna de las dos series puestas en juego: o Cánovas o Sagasta; o Galdós o Pereda; o Calvo o Vico; o *Lagartijo* o *Frascuelo*... Con los toreros y los cantantes de ópera, triunfan los oradores, los poetas fáciles y los prosistas amenos... Mucho énfasis en torno. Artículos brillantes de Julio Burell. Cuadros de Historia. Dramas de Echegaray. Ripios punzantes de Salvador María Granés. Como el glotón y el

sátiro en las fábulas atelanas, en las piezas de la época juegan papel indiscutible la patrona y la suegra, el cesante y el maestro de escuela... Caricaturas de *Mecachis* y de Cilla... Chotis de Chueca en los organillos. Pronto su *Marcha de Cádiz* se convertirá en himno nacional».

Mas no todos los españoles quieren limitarse a ser protagonistas o figurantes de ese gran sainete. No contando los que a la sazón están comenzando su vida científica, una gavilla de naturalistas, modestos los más, eminente alguno, dan fe con sus publicaciones de una actitud ante sí mismos y ante su patria harto distinta de la que domina en la brillante pintura de Fernández Almagro. Son los geólogos y paleontólogos Macpherson, Areitio y Larrinaga, Botella de los Hornos y González de Linares, el botánico Masferré, los zoólogos Gogorza, Cuní, Martínez Saez y Medina Ramos, el antropólogo y prehistoriador Antón, los laboriosos autores del excelente «Mapa geológico de España» que por entonces sale a la luz. A la vez que a ellos, y más por ser padre de sus célebres hijos que por su discreta y varia labor propia, déjeseme recordar aquí al Antonio Machado que publica una «Noticia sobre objetos de bronce y piedra de la provincia de Sevilla» y unas «Observaciones sobre la mandíbula de *Elephas armeniacus* del Museo de Sevilla».

En cuanto cultivadores de la ciencia, casi todos son, acabo de decirlo, hombres modestos. Más aún: en el decenio 1880-1890, cuando la investigación científica de la Naturaleza (morfología comparada, micrografía, fisiología experimental, embriología, física y química mineralógicas) está logrando en la Europa culta tan brillantes resultados, su obra personal, casi exclusivamente limitada a la descripción macroscópica y a la taxonomía, peca de evidente retraso. Cuenta

Cajal que Kölliker, durante un viaje por España en 1849, encontró en el Museo de Ciencias Naturales —que a la sazón dirigía Graells, tan estimable, por lo demás, como entomólogo— un microscopio Nachet que allí nadie había usado, y que con él logró provocar el entusiasmo de los circunstantes mostrándoles el movimiento de los hematíes en los capilares del mesenterio de la rana. Y comenta nuestro gran histólogo: «Si el ilustre sabio aleman hubiese visitado veinte años más tarde nuestras Facultades de Medicina y de Ciencias, habría podido comprobar igual abandono y apatía. Los imponentes modelos de Ross y de Hartnak continuaban inmaculados en sus cajones de caoba, sin otro fin que excitar en vano la curiosidad de los alumnos o la ingenua admiración de los papanatas.»

Acaso el panorama de nuestra incipiente investigación micrográfica no fuese hacia 1870 tan desértico como ese irónico apunte de Cajal tan ambiciosamente declara; así lo ha demostrado la solícita pesquisa de José María López Piñero, Roberto Marco y María Luz Terrada. No olvidemos tampoco —Albarracín Teulón ha sabido descubrirlo— que entre los años 1870 y 1872 daba lecciones de anatomía microscópica y bacteriología en su domicilio el médico Federico Rubio, y que en 1873 fue creada en la Facultad de Medicina de Madrid una cátedra de Histología. Tengamos presente, en fin, el considerable progreso de la investigación biológica española entre 1871 y 1892; bastará sin duda recordar que 1889 es el año en que el propio Cajal da cima a la concepción del sistema nervioso que hoy llamamos «neuronal». Pero tampoco olvidemos que, todavía en 1902, el profesor de la Facultad de Ciencias de Zaragoza Soler y Carceller comunicaba con gran alegría a la Sociedad Española de Historia Natural la noticia de haber recibido,

como consecuencia de un Real Decreto de García Alix en 1900, los *dos primeros* microscopios para las prácticas de los alumnos.

Análoga impresión se obtiene considerando el ámbito geográfico de que procede el material por aquellos hombres estudiado o la ausencia, en las frecuentes necrologías, de artículos consagrados a recordar las grandes figuras universales de la investigación biológica y geológica. ¿Será necesario consignar que las dificultades para publicar los datos científicos recogidos en la expedición al Pacífico de 1862 y el consiguiente disgusto de nuestros naturalistas fueron causa muy importante para la creación de la Sociedad Española de Historia Natural? Solo alguna salida a tierras africanas —Fernando Poo, Guinea, Sahara— amplía el habitual localismo de la pesquisa.

Ante una mirada exigente, he aquí, pues, los tres rasgos principales de nuestra ciencia natural en la primera etapa de la Sociedad que más autorizadamente la representaba: modestia, localismo, cierto retraso en las metas y en los métodos de la investigación. Bien. Bajo todas estas indudables deficiencias, una honesta y decidida voluntad de hacer verdadera ciencia operaba en los colaboradores de los *Anales* de esa Sociedad, mientras en las tertulias de los cafés madrileños discutían entre sí los partidarios de *Lagartijo* y los de *Frascuelo*.

Consolidación y madurez: 1892-1936.—Con los primitivos *Anales*, toda una pléyade de publicaciones va a dar testimonio impreso de las actividades científicas de la Real Sociedad Española de Historia Natural, durante la segunda etapa de su existencia: el *Boletín*, las *Actas*, las *Memorias*, las *Reseñas*, la *Revista de Biología*. Un examen de sus páginas nos muestra que las ciencias naturales en España son ya mayores de edad.

Es verdad que su cultivo todavía no ha alcanzado entre nosotros un nivel plenamente «europeo», para decirlo con el término de referencia más empleado en aquellas décadas; pero la información de nuestros hombres de ciencia lo posee ya, y la producción de algunos nada tiene que envidiar a la de los sabios más eminentes del universo mundo. Así nos lo hará ver, ordenada por generaciones, una rápida visión de los más notorios entre los autores que van apareciendo en las revistas antes mencionadas.

I. Entre 1880 y 1890 comparecen con brío en la vida española los miembros de la que en otro lugar yo he llamado *generación de sabios* o *de la Restauración*. Son hombres nacidos en torno a 1850, que para estar científicamente al día, no solo en cuanto a la información, también en cuanto a la creación, saben aprovechar las dos principales notas positivas que, entre tantas otras mucho menos estimables, ofrece a los españoles la recién instaurada monarquía de Sagunto: paz interior y una considerable libertad en la vida pública. Ramón y Cajal, Menéndez Pelayo, Hinojosa, Julián Ribera, Bolívar, Turró, San Martín, Olóriz, Gómez Ocaña, Torroja y Torres Quevedo son, creo yo, los más importantes nombres epónimos de esa generación de españoles.

Más de un naturalista figura entre ellos; pero pasando de las más altas cimas de la cordillera a sus más altas laderas, es posible nombrar también, porque lo merecen, toda una amplia serie de cultivadores ilustres de las disciplinas biológicas y geológicas. En conjunto, he aquí el elenco de los que a mi juicio dan su importante costado científico-natural a la primera «generación de sabios» de la España contemporánea: los geólogos y mineralogistas Lucas Mallada (1841-1921), Salvador Calderón y Arana (1851-1911) y Francisco Quiroga (1853-1894), los botánicos Blas Lázaro e Ibi-

za (1858-1921), Carlos Pau (1857-1937), Gómez Pamo (1846-1913) y Eduardo de los Reyes Prósper (1860-1921), los zoólogos y biólogos Eduardo Boscá (1843-1928), Ignacio Bolívar (1850-1944), Luis Simarro (1851-1921), Santiago Ramón y Cajal (1852-1934), Ramón Turró (1854-1926) y Odón del Buen (1863-1945). Tres son las grandes figuras de este brillante conjunto de miembros y colaboradores de la Real Sociedad Española de Historia Natural, Cajal, Calderón y Bolívar. Muchas veces ha sido estudiada la del primero. Pero ¿dónde están el geólogo y el entomólogo que seria y documentadamente sepan poner sobre el pavés la valiosa contribución de Calderón y Bolívar a las ciencias que uno y otro cultivaron?

II. Cuando se habla de *generación del 98* no suele pensarse más que en los egregios literatos a que de ordinario se refiere ese tan conocido rótulo: Unamuno, Ganivet, Valle-Inclán, Baroja, Azorín, los Machado, Maeztu; pero suele olvidarse que —en más o menos directa relación con lo que esos escritores comúnmente representaron— un buen número de hombres de ciencia, algunos tan preclaros como Menéndez Pidal, Asín Palacios y Gómez Moreno, fueron miembros de aquella. Con eminencia mayor o menor, todo un grupo de cultivadores de las ciencias de la Naturaleza merece ser añadido a esa sucinta relación: varios geólogos y mineralogistas (Fernández Navarro, Chaves y Pérez del Pulgar, Barras de Aragón, Jiménez de Cisneros, E. Hernández Pacheco), bastantes botánicos (Rivas Mateos, Casares Gil, Castellarnau, Aranzadi, González Fragoso, Crespí Jaume), no pocos zoólogos (Dusmet, Fuente, Cabrera, Latorre, García Mercet, García Varela, Martínez de la Escalera, Medina, Navás). Como los componentes de la generación anterior, todos en torno a los cincuenta años cuando en 1898 llega para España el Desastre por antono-

masia, también estos, quince o veinte años más jóvenes, acaban convirtiendo en trabajo el espolazo que ese Desastre fue para el alma de todos los españoles sensibles.

III. Movida en buena parte por la crítica y la ambición de los hombres del 98, una nueva generación va a surgir en nuestra vida histórica entre 1910 y 1915: *generación de 1912*, cabría denominarla, si es que con Marañón no se prefiere llamarla *de la preguerra*, aludiendo a la que desde 1914 tan decisivamente había de alterar el curso de la historia universal. Ortega, Ors, el propio Marañón, Pérez de Ayala, Américo Castro, Azaña, Angel Herrera, Madariaga, Zulueta, Achúcarro, Río-Hortega y acaso Gómez de la Serna son sus hombres más representativos. Es posible ir más allá, sin embargo, e incrementar esa relación con los nombres de un gran número de eminentes exploradores del mundo natural: los mineralogistas y geólogos Dantín Cereceda, Royo y Gómez, Ferrando, San Miguel de la Cámara y Gómez de Llarena, los botánicos Caballero, Font y Quer, L. Ceballos y Unamuno, y los zoólogos y biólogos Achúcarro, Río-Hortega, Tello, Sánchez y Sánchez, Marañón, Pi y Suñer, Fernández Galiano, S. Alvarado (también botánico), Bolívar Pieltain, Fernández Nonídez, Gil Collado, Lozano Gil, Rioja, Zulueta, Gil Lletger, Rocasolano, G. Ceballos, Rodríguez y López-Neyra, Pittaluga y Hernando, este presidente de la Sociedad en 1934.

Son hombres nacidos dentro del quinquenio 1880-1885 o en torno a él, y en casi todos ellos se hacen bien patentes los rasgos que caracterizan a su generación: franca apertura mental a Europa, resuelta instalación en el nivel que en los más destacados países europeos ha alcanzado la disciplina que cultivan, consideración de la realidad y de su propia vida con verdadero espíritu científico. Ya han comenzado a existir escuelas

científicas en España, y algunas, como la de Cajal, con bien notoria pujanza; pero también se ha hecho general la idea de que para hacer ciencia y entender el mundo es necesaria una formación complementaria —los «años de peregrinación» o *Wanderjahre* de la biografía ideal del futuro maestro— más allá de la propia frontera. Obra de esta generación y de la que la precede, ahí está, para demostrarlo, la Junta para Ampliación de Estudios.

IV. Todos estos caracteres van a hacerse más patentes aún en los intelectuales y hombres de ciencia que poco más tarde compondrán la *generación de 1927* o *de la Dictadura*. Perfección suma en el cultivo del campo vocacionalmente elegido, afán de rigor y de pureza; tales son las notas más acusadas de este nuevo grupo generacional. Todos conocemos los altos nombres que dan cuerpo a su fracción literaria: Guillén, Salinas, Lorca, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, Alberti, Cernuda, Jardiel Poncela...; pero no son estos los que ahora más de cerca nos importan, sino los de quienes constituyen su fracción intelectual: Zubiri, Jiménez Díaz, Palacios, Catalán, De Castro, Duperier, otra vez Dámaso Alonso, García Gómez, Lafuente Ferrari, Garrigues, Rof Carballo... Pues bien: a su lado, más aún, reiterando algunos de esos nombres, deben ser mencionados los naturalistas de la generación: Sos, Garrido, Sáenz García, Palacios, F. Hernández Pacheco y Martín Cardoso, entre los mineralogistas y geólogos; Bustinza, Cuatrecasas y Rivas Goday, entre los botánicos; De Castro, Costero, Urtubey, Llombart, Jabonero, Ochoa, Grande Covián, Ortiz Picón, Pérez Lista, los de Buen, hijos, Bernis, Amorós, Gómez Menor y Benlloch, entre los biólogos y zoólogos. Muertos ya, por desgracia, algunos de ellos, ausentes de España otros, ellos son o podrían ser hoy, en sus respectivos campos, los *seniores* de nuestra actividad científica.

V. No es posible aquí reseñar con detalle, y menos glosar críticamente, la obra personal de cada uno de los muchos investigadores no más que mencionados en los apartados precedentes. En espera del hombre de buena voluntad que con la debida documentación y el suficiente detalle se decida a contarnos lo que ha sido nuestra ciencia natural contemporánea, debo limitarme a destacar de modo muy conciso los más importantes rasgos que desde la «generación de la Restauración» caracterizan la obra científica de los naturalistas españoles. Tres veo en primer término: creciente actualización de las metas y los métodos, información y comunicación cada vez más universales, preocupación visible por una auténtica convivencia nacional.

A partir de los cinco máximos naturalistas de esa generación española —Cajal, Ferrán, Calderón, Turró, Bolívar—, queda definitivamente rebasado el viejo nivel de la pura investigación macroscópica y la taxonomía, y el explorador de la Naturaleza sabe plantearse al día sus problemas científicos y emplear los métodos y las técnicas que su resolución exija. La microscopía se hace práctica general, hasta el extremo de que la ecuación ciencia = microscopio va a ser punto menos que un axioma para muchos españoles sencillos. No será necesario decir que el mítico prestigio de Cajal fue motor principal de esa ingenua y profana exageración. La genética moderna penetra, sobre todo, con Fernández Nonídez. Los más jóvenes de la escuela de Negrín (Ochoa y Grande, «El fosfágeno en los músculos tras la extirpación de las cápsulas suprarrenales») llevan a las publicaciones de la Sociedad la investigación fisiológico-experimental y bioquímica. Julio Palacios hace cristalografía mediante la difracción de los rayos X. Bien tempranamente, ya en 1892, con su artículo «La sociología de las arañas», Bolívar inicia el estudio ecológico y conductista de las especies anima-

les. Dentro también de la Sociedad, Marañón eleva a problema biológico general su doctrina de la evolución de la sexualidad y los estados intersexuales; y en el mismo nivel que todos ellos se mueven botánicos y geólogos, mineralogistas y zoólogos. Con no pocas lagunas en el conjunto —sería pueril desconocerlas—, la actualización y la europeización van haciéndose cada vez más patentes en nuestra ciencia natural.

Quiere esto decir que la información científica llega a ser amplia y correcta, a diferencia de lo que en la etapa fundacional de la Sociedad acontecía, y que la comunicación con el mundo de ultrapuertos se constituye en regla. Los nombres de los sabios recordados en las notas necrológicas que aparecen ahora en las publicaciones de la Sociedad —Milne Edwards, Suess, Wegener, Tschermak, Lubbock, Ameghino...— así lo hace ver al más miope. Del antiguo localismo se ha pasado resueltamente a una estimable universalidad.

Más aún. Incluso de puertas adentro, la Sociedad toma clara conciencia de la diversidad española, y durante la década 1920-1930 no vacila en incluir en sus revistas trabajos científicos en catalán: Elías, «Alçament de la serralada pirenenca»; Faura, «Meteorits caiguts a Catalunya»; Fontseré, «Sondatges de l'atmosfera». Todo parecía preparado para que la ciencia natural española fuese muy pronto plenamente europea e integralmente española.

Crisis y reconstitución.—La terrible ruptura interior de España que acontece en 1936 tenía necesariamente que afectar a la vida interna de la Sociedad Española de Historia Natural. Desde 1939, no pocos de los nombres antes consignados —Bolívar, Rioja, Martín, Cardoso, Royo y Gómez, Sos, los de Buen...— desaparecen de sus publicaciones, y sobre los que siguen residiendo en España —E. y F. Hernández Pacheco,

E. Fernández Galiano, S. Alvarado, L. Lozano Gil, L. Navás, Barras de Aragón, San Miguel de la Cámara, los hermanos Ceballos, Benlloch, Rivas Goday, Alía Medina...— pesa la nada fácil tarea de reconstruir los cuadros y la actividad de la herida empresa común. Déjeseme terminar este rápido recuerdo de lo que aquella durante cien años ha sido, comentando a mi manera un gesto de su actitud frente al pasado inmediato y apuntando, a mi manera también, lo que en el próximo futuro debe ser.

Poco después de nuestra guerra civil, la zona de combate de la Ciudad Universitaria de Madrid fue convertida en reliquia memorativa mediante el establecimiento de un itinerario a través de aquella laberíntica acumulación de trincheras y la fijación de no pocas planchas de madera, sobre las que podían leerse, oportunamente distribuidas, según la respectiva localización de las fuerzas en pugna, estas dos breves y significativas palabras: «Ellos», «Nosotros». En aquel momento, la cosa era comprensible. Pero pensando en «Ellos», y sobre todo en el paradero de la fracción intelectual y literaria del grupo así designado, muchas veces consideré, ahora lo digo, que tal vez hubiese sido preferible sustituir ese frío distanciador pronombre de tercera persona por esta más caliente y propiciadora expresión: «Nosotros, solo que en otra parte». Tal fue, al menos, el sentido profundo de la autorizada conmemoración necrológica que del último de los fundadores de la Sociedad, don Ignacio Bolívar, muerto en México en 1944, hicieron en nombre de ella, bien poco después, don Eduardo Hernández Pacheco y don Ismael del Pan.

Pero cuando una institución científica llega con lozanía a su primer centenario, tan importante como la fiel recordación de su pasado debe ser la animosa previsión de su futuro. Esta en nuestro caso debe comen-

zar, creo yo, mirando con ojos bien claros la propia realidad presente, no sintiéndonos satisfechos con lo que ella es y moviéndonos ahincadamente hacia el porvenir, regida el alma por las cuatro siguientes reglas:

1.ª No descansar hasta que España produzca la ciencia correspondiente a un país europeo y occidental de treinta y cuatro millones de habitantes; y si uno no alcanza a ver cumplido tal *desideratum*, transmitirlo como consigna a los que por su oficio deban heredar el empeño.

2.ª Procurar, entre tanto, que en nuestro país se haga investigación básica y al día, no caer en el falaz pragmatismo de conceder la primacía a la investigación que llaman «práctica» o «aplicada». Solo los pueblos que producen en medida suficiente ciencia pura pueden librarse de vivir comprando patentes industriales e importando productos manufacturados.

3.ª En el caso de que la institución científica tenga como objetivo inmediato el estudio de la Naturaleza, y tal es el caso de la Sociedad Española de Historia Natural, defender con inteligencia y tesón, frente a los abusos de la técnica industrial y del espíritu de lucro, la bien cuidada perduración del fragmento del planeta sobre que habitamos.

4.ª Esforzarse por vivir, en suma, haciendo, enseñando y exigiendo: haciendo la poca o la mucha ciencia que la propia inteligencia y los propios medios exteriores permitan, enseñándola a los demás, al lado de la que otros, donde quiera que estén, hayan por su parte hecho, y exigiendo oportuna e importunamente todo lo que contienen las tres reglas precedentes. «Quien puede, hace; quien no puede, enseña», dijo tan ingeniosa como maliciosamente Bernard Shaw. Puesto que todo el que de veras se lo proponga es capaz de

hacer algo propio, mostrar la radical insuficiencia de ese punzante dilema debiera ser, al iniciar la segunda centuria de su existencia, una de las más permanentes consignas de la Sociedad Española de Historia Natural.

Pedro Laín Entralgo